

Rafael Gómez Pérez
**Depende de Ti,
de ti depende**



Depende de Ti, de ti depende

Rafael Gómez Pérez

Depende de Ti, de ti depende



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Depende de Ti, de ti depende

© Rafael Gómez Pérez, 2023

© BibliotecaOnline SL, 2023

Serrano 51

28006 Madrid

(España)

Primera edición: Febrero de 2023

ISBN (Papel): 978-84-17539-72-6

D.L.: M-4759-2023

ISBN (Digital): 978-84-17539-73-3

Diseño de cubierta: BibliotecaOnline SL

Composición: BibliotecaOnline SL

Impresión y encuadernación: PodiPrint

Impreso en España-*Printed in Spain*

Contenido

Introducción	9
---------------------------	----------

Primera parte:	
Depende de Ti	11

<i>Un sueño</i>	<i>11</i>
<i>Te escribo</i>	<i>12</i>
<i>Siempre hijo</i>	<i>14</i>
<i>La alegría de dar</i>	<i>16</i>
<i>El sentido del pecado</i>	<i>19</i>
<i>La paciencia y el alma</i>	<i>21</i>
<i>Gente sin Dios</i>	<i>23</i>
<i>El rostro de la Iglesia</i>	<i>25</i>
<i>Todos creen en algo</i>	<i>27</i>
<i>Lo singular te agrada</i>	<i>30</i>
<i>Ser amor</i>	<i>32</i>
<i>Sueño y esperanza</i>	<i>34</i>
<i>Por caminos distintos</i>	<i>37</i>
<i>Temple</i>	<i>39</i>
<i>Tú, la Belleza</i>	<i>41</i>
<i>La mejor penitencia</i>	<i>43</i>
<i>Humanidad de Jesús</i>	<i>45</i>

<i>Premio y castigo</i>	47
<i>La paz siempre en peligro</i>	49
<i>Esa carne</i>	51
<i>El hachazo de lo injusto</i>	54
<i>La inteligencia de la prudencia</i>	57
<i>Qué es del fanatismo</i>	59
<i>Limpios de corazón</i>	62
<i>Política y conciencia</i>	63
<i>Música a lo divino</i>	65
<i>Mis amigos, los animales</i>	68
<i>El dios Planeta</i>	70
<i>Poesía y oración</i>	72
<i>Polvo, nada o algo</i>	75
<i>Pasiones</i>	77
<i>De la antipatía</i>	80
<i>Como niños</i>	82
<i>Casi despedido</i>	84
<i>La enfermedad</i>	87
<i>Duda de Ti</i>	88
<i>No puedo más</i>	90

Parte segunda.
Depende de ti 93

<i>Tu plegaria</i>	93
<i>Qué lenguaje</i>	96
<i>Eternidad e historia</i>	99
<i>Mejorar el mundo</i>	102
<i>¿Qué hay de lo mío?</i>	105
<i>No existe la soledad</i>	108
<i>Alegría de fondo</i>	110
<i>Cómo va el mundo</i>	113
<i>Lo del mal</i>	115
<i>Soledad, silencio, brisa</i>	120
<i>Lo natural</i>	122
<i>Mis pequeños</i>	123
<i>Tus defectos</i>	126
<i>Qué es amar la verdad</i>	127
<i>Depende de ti</i>	130
<i>La Belleza</i>	133

Introducción

Este es un libro de espiritualidad y un libro de oración, puesto que se habla con Dios. Hay, a la vez, un mínima trama para situar las oraciones donde mejor están: en medio de la vida de todos los días.

La primera parte son oraciones escritas, breves, sobre muchos temas.

La segunda parte es imaginar cuál sería la respuesta de Dios a las oraciones de los seres humanos.

Hay personas a las que les es más fácil hacer oración escribiendo que solo con la mente. Eso es oración mental, que se transcribe.

Primera parte: Depende de Ti

Un sueño

Una noche de marzo, el día de su cumpleaños, P., hombre de mediana edad, casado y padre de tres hijos, soñó que en la pared de enfrente de su cama, una mano, que apenas se podía entrever tras una nube azul, escribía estas palabras: De ti depende.

Al despertarse, le vinieron a la cabeza de nuevo, en la seminconsciencia, con una variación: Depende de Ti.

Una hora más tarde, sentado ante el ordenador, se le ocurrió una modalidad actual de lo que se llamó, durante siglos, las *sortes biblicae*: abrir al azar una página de la Biblia y creer que el primer texto que aparecía era una lección o una dirección esencial para la vida de quien consultaba. Ya se había utilizado antes del cristianismo, por lo que se consideraba una suerte de reliquia pagana. Pero san Agustín, en el momento previo a su conversión, oyó las palabras *Tolle, lege*, toma, lee y usó el antiguo sistema. No fue simple suerte, sino suerte en manos de Dios lo que le

propuso que leyera un texto de la epístola de san Pablo a los Romanos, que cambió su vida.

P., en lugar de utilizar la Biblia, puso “De ti depende” en un buscador de internet. Le salieron la letra de varias canciones que tenían ese título. Una, de un cantante de salsa, se lamenta de un amor imposible y a la vez invoca a Dios para que le ayude: “De ti depende, Señor, de ti depende”.

Por la tarde, casi al anochecer, P., a la hora que solía hacer un rato de oración, entendió que “De ti depende” tenía dos lecturas: depende de Dios, de Ti, y depende de la libertad de cada persona, de ti. En las circunstancias en que estaba viviendo, con dificultades graves en el trabajo y en la familia, se aferró al Dependiente de Ti. Durante semanas, aunque no todos los días, escribió las oraciones. Estas son algunas de ellas.

Te escribo

Señor, me es más fácil escribirte que hablarte. Soy torpe al hablar, y, si hay público, me viene un leve tartamudeo y la voz se me cansa pronto. En cambio, cuando escribo, parece que mis pensamientos y mis deseos fluyen, como si estuvieran esperando que les

abrieran las puertas. Solo el contar me nace claro al contarle un cuento, para que se duerma mi hija pequeña, Ángela, de cinco años.

Vas a sonreír con esto, pensando que quién me he creído. Pero me he animado a escribirte recordando el principio del *Apocalipsis*, de Juan. A él se le aparece tu hijo, lleno de majestad, y le dice: "lo que ves escríbelo en un libro". Yo te escribo como resultado de un sueño, pero tú eres también el Señor de los Sueños. Solo me creo lo que soy por ti.

Nunca he escrito mucho en mi vida. Solo cartas y los informes del trabajo. Pero, al escribirte, la pluma, una pluma de las de antes, se desliza en el papel como si estuviera animada por un buen espíritu, por un ángel. O así lo quiero creer, porque, por mí solo, acabaría después de tres o cuatro frases tópicas y rutinarias.

Te quiero escribir breves cartas, que no necesitan franqueo ni ser enviadas, porque llegan a destino en el corazón de mi pensamiento. Te contaré algo de lo que me pasa y un poco más de ideas que me vienen a la cabeza, de la dificultad, a veces, de creer. De lo que me duele o de lo que me alegra.

Te llamo Señor o Padre, pero te tuteo. Es muy grande que podamos tutearnos contigo cuando, aquí en este mundo, algunos, que no

son casi nada, te exigen que los trate de Exce-
lencia. No hay más majestad que tu majestad,
pero prefieres que te llame Padre.

Siempre hijo

Padre, enséñame a reconocer que soy,
antes que nada, hijo. Te invocan, en todo el
mundo, como Padre nuestro. Así es, pero lo
veo más claro si te digo, Padre mío, mi Padre.
Así lo decía Jesús, cuando, resucitado, se apa-
rece a Maria de Magdala: "Subo a mi Padre y
a vuestro Padre". Decimos Padre nuestro por-
que eres el Padre de cada ser humano, y cada
uno puede decir, mi Padre, como si fuera hijo
único, porque para ti, cada uno es así. Tú no
nos creas en masa, sino que cada persona es
como tu primera obra.

Dejo a quienes saben mucho más que
yo, explicar cómo se compagina el Dios de al-
gunos textos del Antiguo Testamento con el
Padre amoroso, inquieto por su hijo, esperán-
dole siempre, que tu hijo nos contó en la pa-
rábola del hijo pródigo. Pero pienso que todo
lo que podía no entenderse en los textos an-
tiguos quedan diáfanos en las enseñanzas de
Jesús. Los Evangelios están llenos de pará-
bolas. Algunas se entienden a la primera. Las

que no, él las explicaba, a veces con el primor del detalle.

Puso ejemplos para que todos lo entendiesen: si un hijo pide un pez, el padre no le dará una serpiente; si pide pan, no le dará una piedra. Y añadió: si vosotros, que sois malos, os comportáis así, cómo hará vuestro Padre que está en los cielos. Explícame, Padre, que quiere decir eso de "sois malos". Entiendo que quiere decir "vosotros, que hacéis cosas malas, pero no sois la maldad sin más, porque, al ser limitados, lo somos también en lo malo, y acciones malas se conjugan con acciones buenas". Eso: dar al hijo lo que necesita.

Amigos, conocidos y personas que no creen en ti me recuerdan que ha habido y que hay padres que no quieren a sus hijos, que los maltratan, que abusan de ellos. Otro día procuraré hablar contigo sobre algo más trágico y parece que inevitable, la presencia cotidiana del mal. Pero hoy evoco ante ti los millones de ejemplos de madres y padres entregados al amor hacia sus hijos desde que saben que han sido concebidos. Si se tuviera que poner un dechado, como se decía antes, de lo que es amor y entrega habría que mirar a esos padres y a esas madres. Quizá ellos no lo saben, pero están imitando tu paternidad que es a la vez maternidad.

Cuando los hijos crecen y pueden valerse por sí mismos sucede con frecuencia que parece que se alejan de los padres. Venlo de ser hijos con una especie de despegue. Más tarde, quizá cuando ellos mismos son padres o madres, entienden mejor qué es ser hijo. A tu paternidad, Padre, no hace falta volver, porque la independencia personal la tenemos desde el principio. Déjame evocar de nuevo la parábola del hijo pródigo: el hijo menor reclama su parte en la herencia, para irse a vivir por libre, lejos de su casa. El padre podría haber dicho que no o que se fuera, si quiere, pero sin herencia. Tú lo das todo, casi sin que se te pida. Contigo ser hijo es ser amado sin condiciones.

Recuerdo, de mi infancia, que yo tenía tanta confianza con mi padre, que, cuando volvía del trabajo, le registraba los bolsillos de la chaqueta (y él me dejaba, sin que le diera tiempo para quitársela) para ver qué me había traído. Con esa confianza quiero decirte estas cosas.

La alegría de dar

Señor, fue Pablo quien escribió que tú amas a quien da con alegría. Entiendo que quiere decir que amas en especial, porque

tú amas a quien da y a quien no da. Tu amor me ha llevado a la convicción de que el amor de quien ama y no es correspondido sigue siendo amor. Tú amas también a los que dicen odiarte. Tu hijo te pidió el perdón, que es una manera de amor, para quienes lo están crucificando.

Dar con alegría es dar sin interés propio. Sobre esto me gustaría contarte algo que he visto hoy, en un paseo por un jardincillo cerca de mi casa. En un pequeño parque infantil unos niños estaban intercambiando cromos. Uno de los niños, el de la cara más arrugada, quizá por el enfado, no quería entregar no sé cuantos a cambio de uno, muy valioso, que tenía otro niño. El primero parecía a punto de echarse a llorar. Entonces, el otro, el que tenía el cromo valioso le dijo: –Toma, para ti todo. Y corrió, alegre, a deslizarse por el tobogán.

Quiero entender a tu lado por qué dar es fuente de alegría. Cuando damos algo, parece que dejamos de tenerlo. Pero eso solo es verdad si se piensa que ser es “tener”. Si se piensa, en cambio, que ser es donar, porque en ti, Padre, de la plenitud de ser se derrama la donación, donar es acercarse a tu esencia. Pero, ¿por qué alegría? Entre los dones de tu Espíritu Santo, que la tradición compiló tomándolos de textos de las Escrituras, no está la alegría. Sí entre los frutos de ese mismo

Espíritu: primero pone la caridad y enseguida el gozo, la alegría. El amor hace estar contentos. La caridad, al ver el bien en el bien del otro, se alegra. Por eso amas a quien ama y da con el fruto de la alegría.

No entiendo, Señor, cómo se puede ver en las enseñanzas de tu hijo una perspectiva triste del mundo. Quizá eso se ha alimentado porque la palabra *mundo*, se ha entendido de dos maneras muy distintas. Una es el mundo, el conjunto de personas, que no reconocen tu amor y al no poner el corazón en ti lo ponen en cosas efímeras, pasajeras, cuando no en derivaciones de malas acciones. Otra es el mundo en cuanto creado por ti, con dos tipos de belleza, que se funden en una: la belleza de las cosas naturales, la llanura del mar, el erguimiento de las montañas, el festival de las plantas y flores, la dulce inocencia de los animales; y la belleza de las buenas acciones.

Cuando tu hijo dice “yo he vencido al mundo” entiendo que se refiere al mundo del pecado y de la muerte. De ahí la alegría de la Resurrección. El otro día, al repasar la escena de la incredulidad del apóstol Tomás, pensaba que cuando tu hijo le dice “mete tu dedo aquí, y ve mis manos: y alarga acá tu mano, y métela en mi costado”, no tiene un semblante serio, sino sonriente. No es un momento solemne, sino familiar, con una pizca de amable

ironía. “¿Qué te creías, mi incrédulo Tomás?”, le pudo haber dicho.

El sentido del pecado

Señor, acabo de leer la noticia de que a un pobre mendigo que arrastraba su pobreza, día tras día, no lejos de donde vivo, le han dado una desgarrada paliza y pelagra su vida. No le atacaron para robarle, nada tenía, sino por el simple gusto del mal. Y al pensar en esto me viene a la cabeza una frase que se oye mucho, que nuestra sociedad, “ha perdido el sentido del pecado”.

Tú sabes que algunos usos del lenguaje que provienen de la inteligencia que nos diste son proclives a la exageración, a generalizaciones sin base. No pienso que el conjunto de la sociedad haya perdido el sentido del pecado. Tú conoces bien el interior de millones de personas que cada día te piden perdón por pecados e incluso por faltas que apenas lo son. En cualquier caso, lo que no se ha perdido es el pecado. La tradición de la Iglesia resumió los pecados en siete capitales, pero hay muchos más. Ese maltrato al mendigo de cerca de mi casa no fue por soberbia, avaricia, gula, ira, lujuria, envidia o pereza. Fue por el gusto del mal en el mal.

En la sociedad en que vivo, la mayoría de los delitos son pecados con otro nombre, si se han perpetrado con consciencia y libertad. Pero hay pecados que no son considerados delitos. Algunos incluso han adquirido el rango de "derecho subjetivo". Es por esto último, me imagino, por lo que se da una proclividad a perder el sentido del pecado.

He oído también decir que no puede haber pecado porque el ser humano, finito, no puede ofender a un Dios infinito. Intuyo, hazme ver que es así, que si tu voluntad es que se ame al prójimo como a uno mismo, y, por tanto, que no se le haga mal, si se hace ese mal se va en contra de tu querer, que es querer del bien, porque eres el Bien por esencia. Y no olvido las palabras de tu hijo: quienes hagan bien o mal a los demás a mí lo hacen, a mi divinidad con el Padre, a través de mi humanidad, que ha sufrido todo lo que el ser humano puede sufrir, y más.

La expresión "mysterium iniquitatis" da a entender que es posible, deja que hable así, que se te haga mal. No acabo de entenderlo, pero quizá el "mysterium paschale", el misterio de la muerte de tu hijo, deja entrever que hacía falta una satisfacción infinita para borrar y anular una ofensa a la bondad infinita.

Otras veces me pregunto qué es lo contrario de pecado. Quizá la inocencia, que quiere decir “no hacer el mal”. Pero la inocencia la perdemos todos cuando dejamos de ser niños. Lo contrario del pecado es la penitencia, el arrepentimiento. No el mal que a veces sucede al pecado, que da origen a eso de “en el pecado lleva la penitencia”, sino una repugnancia hacia lo que se ha hecho mal y un propósito de acercarse cada vez más a las fuentes del bien, que son los manantiales de la caridad.

La paciencia y el alma

Señor, hoy quiero meditar, a tu lado, en el bien de la paciencia. En nuestro lenguaje, *paciencia* viene de *padecer*. El enfermo tratado de su enfermedad es un paciente. Pero también se usa paciencia cuando se soporta, con paz, es decir, con entereza, sin volubilidad, los males y dificultades de la vida.

Paciente es quien no se apresura, quien da tiempo al tiempo. Otro rasgo de tu misterio, Señor, es que siendo eternamente, no necesitas esperar los tiempos, pues eres creador del tiempo. Y, sin embargo, podemos hablar del misterio de la paciencia de Dios.

Agustín, que tanto te amó y te sigue amando, escribió sobre esto: "Aunque Dios nada puede padecer, y el término paciencia se deriva de padecer (patientia, a patiendo), no solo creemos firmemente que Dios es paciente, sino que también lo confesamos para nuestra salvación. Pero ¿quién podrá explicar con palabras la calidad y grandeza de la paciencia de Dios, que nada padece pero tampoco permanece impasible, e incluso aseguramos que es pacientísimo? Así pues, su paciencia es inefable como lo es su celo, su ira y otras cosas parecidas. Porque si pensamos estas cosas a nuestro modo, en Él, ciertamente, no se dan así. En efecto, nosotros no sentimos ninguna de estas cosas sin molestias, pero no podemos ni sospechar que Dios, cuya naturaleza es impasible, sufra tribulación alguna. Así, tiene celos sin envidia, ira sin perturbación alguna, se compadece sin sufrir, se arrepiente sin corregir una maldad propia".

No sé si me equivoco, pero pienso que Agustín, al escribir esto, quería explicar de algún modo cómo esa paciencia, o el celo o la ira, aparecen en las Escrituras. Pero tal vez hay que tener en cuenta que las Escrituras utilizan el lenguaje humano, con sus limitaciones, y se dirigen a todas las criaturas, también a quienes tienen un conocimiento elemental de las cosas. De modo semejante a como te pintan,

Padre, anciano y con amplia barba blanca, a Ti que eres la plenitud de Ser.

En nosotros, tus hijos, que tenemos el ser de ti, pero limitado por nuestra esencia, la paciencia es otro de los dones que esperamos de tu amor. La paciencia de amar –no soportar, no resignarnos– hasta nuestros defectos, cuando a la vez, procuramos que vayan disminuyendo. Y la paciencia, en otro sentido, de amar la paz, que es otro don: *dona nobis pacem*.

Gente sin Dios

Te lo cuento, Señor. Un amigo, científico con mucho nombre, ha tratado de convencerme de que estoy en un “estadio elemental”, así decía, porque creía aún en ti. Me dice que somos productos del azar, que el sentido de la vida estaría, si acaso, en la contemplación y el asombro ante las maravillas del universo. Me dijo que los avances en psicología y en neurociencia explican de forma exhaustiva el fenómeno de la religión, sin necesidad de creer en algo que no tiene base alguna científica. Que, en los humanos, el amor, en cualquiera de sus formas, es simple cuestión de glándulas y hormonas.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el comienzo de *Depende de Ti, de ti depende*, de Rafael Gómez Pérez. Un libro de espiritualidad y de oración, escrito en medio de la vida de todos los días. El libro completo te espera.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/depende-de-ti-de-ti-depnde

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Oraciones escritas.** La primera parte reúne oraciones breves sobre muchos temas: ser hijo, la alegría de dar, el pecado, la paciencia, el fanatismo o la enfermedad.
- **En medio de la vida.** Los animales, la música, la poesía, la política y la conciencia, la Belleza: la oración nace de lo cotidiano.
- **La respuesta de Dios.** La segunda parte imagina cuál sería la respuesta de Dios a las oraciones de los seres humanos.
- **Dos lecturas de «De ti depende».** Depende de Dios, de Ti, y depende de la libertad de cada persona, de ti.

Para quien le resulta más fácil rezar escribiendo: oración mental que se transcribe.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-17539-72-6



Escanea para comprar